



San Agustín de Hipona

EDITORIAL

NIVELES DE LA SENSIBILIDAD EMOCIONAL

EN los últimos años se ha insistido en que la razón va unida esencialmente a los estados emotivos. La filosofía nació cuando ciertas culturas, en occidente y en oriente, quisieron conocer la verdad del universo y del hombre —del hombre en el universo— por el ejercicio de la razón. La facultad humana de conocer debía describir los hechos empíricos y argumentar sobre ellos para construir representaciones mentales del universo y del hombre. Este análisis crítico de «lo dado en el mundo» y el esfuerzo de la razón condujeron primero a la filosofía y, siglos más tarde, a la ciencia tal como hoy la conocemos. Sin embargo, la razón es un producto del hombre instalado radicalmente en la vida, y unido por la evolución biológica a los instintos animales. Por ello la vida es algo «sentido» en toda la radicalidad de los estados emocionales que hacen evolutivamente al ser humano.

Los seres vivos y el hombre son, pues, resultado de un proceso evolutivo en el que, de forma todavía no explicada científicamente y admitida por todos, debió de emerger la sensación. Problemente la vida comenzó como sistema celular puramente mecánico. Pero en algún momento debió de «emerger» en las células un estado sistémico que designamos como «sentisciencia» o «sensibilidad». Así, la sensación corporal de los organismos comenzó a orientar las respuestas al medio y se constituyó en un instrumento esencial para la supervivencia. Cuando la sensación de vivir se agudiza en ciertas estados superiores aparece la emoción. Cuanto hacemos apunta siempre a estabilizar en nosotros la «sensación de vivir» emocionalmente favorable.

El hombre ha generado así su acción y su razón —la acción orientada por la razón dentro de la unidad praxis-teoría— desde una originaria experiencia sensitivo-emocional de su ser y al servicio de ella. Los tres artículos que encabezan este número responden al análisis del papel que juega la experiencia sensible de la vida en tres nive-

les distintos. Un nivel básico que se estudia a través de la filosofía primera de Xavier Zubiri. Un nivel intermedio en que, de acuerdo con Alexander Pfänder, se presentan las «disposiciones de ánimo» y el papel que cumplen en la «razón afectiva». Por último, un nivel superior en que, a través de la discusión de Martin Heidegger con San Agustín, contemplamos cómo la filosofía nace de la emoción radical de la vida como existencia.

E. Solari considera que la explicación científica de la sensación depende de una previa fenomenología de la sensación que establece lo que debe explicar la ciencia. La fenomenología de la sensación en Zubiri describe el origen radical desde el que puede reconstruirse la formación evolutiva de la inteligencia, del logos y de la razón. Pero estas facultades del ser humano están instaladas en la sensación radical y por ello debe hablarse de inteligencia «sentiente», logos «sentiente» y razón «sentiente». El ser humano está instalado en el sentir y su actividad psíquica está siempre orientada al «sentir».

La fenomenología de Alexander Pfänder, presentada por M. Crespo, ha descrito cómo en el sujeto psíquico se configuran ciertas «disposiciones de ánimo» que, en definitiva, son estados sensitivos-emocionales frente a ciertos contextos objetivos o ante la propia experiencia vital. Estas disposiciones emocionales explican gran parte de la razón afectiva y de las acciones del sujeto que en ella se generan. El hombre vive por ello instalado en disposiciones «racio-emocionales» que impulsan su vida en un sentido u otro.

C. Esposito acompaña a Martin Heidegger en su lectura de San Agustín, para seguir la traducción heideggeriana del problema de la vida —tal como se veía en la fenomenología ordinaria del vitalismo— en términos del «problema del ser». La emoción de vivir es en el sentido de Heidegger una «cura» por el Ser (*Sorge*), que podría entenderse como «emocional». Una cura por la existencia del ser-ahí hacia el encuentro emocional con el sentido-del-Ser. El curso de la razón filosófica y metafísica se engendra en esta «emoción existencial» que a San Agustín le instala en Dios, pero que a Heidegger le aboca sólo a la experiencia existencialista de la nada.

No parece que hoy deban entenderse los seres vivos y el hombre como puros robots que fríamente deciden sus acciones como respuesta automática a los estímulos de un universo igualmente mecánico. Esta forma robótica de entender al hombre, que hoy designamos como computacional, es posible y hay quienes la defienden. Pero está en contra de nuestra experiencia personal y social y en contra de la posición explicativa de las corrientes predominantes en antropología, psicología, neurología y filosofía. El hombre se configura como tal a partir del hecho de que en el universo se ha producido la sensación. Ésta ha derivado a los estados o disposiciones emocionales que orientan la vida y que, en el fondo, suponen la radical disposición emocional ante la preocupación o cura por la propia existencia. La gran pregunta o la gran inquietud del hombre le lleva por ello a cuestionar cuál debe ser la «disposición emocional» o el «talante existencial» que establezca nuestro tono vital haciéndonos «sentir» que estamos «instalados en la vida». Ante un universo enigmático que nos obliga al compromiso metafísico, la razón no nos resuelve el problema por sí misma porque no puede sacarnos con evidencia del enigma final de las cosas. Nuestra metafísica se ve orientada, inclinada por la emoción vital y se convierte en «razón emocional». El talante emocional que nos instala en apertura final a la nada hace que la apetencia por vivir se haga inviable y el futuro se oscurezca. Por ello, frente a Heidegger, el talante agustiniano es el único que permitiría al ser humano descansar al asumir libremente la única metafísica que hace posible la vivencia emocional anticipada de la plenitud de la vida.